

“Tomar y Tomar Parte: Recordando el Misterio de la Presencia de Cristo en Su Cuerpo”

Homilía para la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Año “A”

Introducción

Es ciertamente muy apropiado que celebremos esta Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo en este día en que podemos reanudar, aunque con ciertas limitaciones, Misas públicas en toda la Arquidiócesis. Digo esto porque este es el domingo designado por la Iglesia para dar un honor particular al don de la Santísima Eucaristía, y “eucaristía” significa, literalmente, “acción de gracias.” De hecho, este es un día de gran acción de gracias para nosotros: damos gracias a Dios porque este largo período de ayuno de la Eucaristía ha terminado.

Recordar

Sí, este largo período de ausencia de nuestro pueblo de la Eucaristía ahora ha terminado (o al menos, ha empezado a terminar). Pero la ausencia física es solo de un tipo; también hay ausencia mental. Debemos estar atentos para no permitirnos estar mentalmente ausentes incluso cuando estamos físicamente presentes. Esto es exactamente lo que escuchamos decir Moisés en su admonición al antiguo pueblo de Israel en nuestra primera lectura.

El Libro de Deuteronomio registra para nosotros el discurso final de Moisés al pueblo de Israel antes de que entraran y tomaran posesión de la Tierra

Prometida. Ahora han terminado sus cuarenta años de vagar por el desierto del Sinaí después de su milagrosa liberación de la esclavitud en Egipto, y ahora están a punto de entrar en la herencia que su Señor les había prometido. ¿Qué les dice Moisés? Este largo discurso se puede resumir en una palabra: “recordar.”

“Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto No sea que te olvides del Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto y de la esclavitud; que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible” La ausencia mental es olvido, y es precisamente esto lo que Moisés amonesta al pueblo de Dios a evitar.

Estas son ciertamente palabras que debemos tomar en serio hoy. Pandemia, colapso económico, disturbios, continuas revelaciones de racismo y las desigualdades sociales y económicas que causa, todo esto nos ha llevado a una especie de desierto espiritual marcado por la incertidumbre, la inseguridad e incluso el miedo. Entonces, debemos recordar. Debemos recordar no solo todo lo que el Señor ha hecho por nosotros en el pasado, sino también el destino celestial que nos ha preparado para nuestro futuro en la eternidad.

Nuestra Peregrinación con el Señor

Al igual que el antiguo pueblo de Israel, Dios nos está llevando a un lugar mejor. Y como ellos, también a nosotros nos pone a prueba. Él dirige nuestro viaje en esta vida para “para poner[nos] a prueba y conocer si [íbamos] a guardar

sus mandamientos o no. ... para enseñar[nos] que no sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios.”

Y así como los sostuvo con comida para el viaje en forma de maná del cielo, así nos sostiene con el pan de vida que desciende del cielo. Este es nuestro “viático”, el alimento para nuestro viaje en esta vida para sostenernos en nuestra peregrinación hacia el cielo. Esto es lo que nuestro Señor nos dice: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre”, y “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día.”

¿Sabes lo qué significa esto? El antiguo pueblo de Israel era un pueblo peregrino, en peregrinación a una tierra geográfica que su Señor les había prometido; nosotros somos un pueblo peregrino, en peregrinación a la verdadera Tierra Prometida del cielo. Pero esto solo es posible porque nuestro Señor mismo se hizo peregrino: hizo su peregrinación a esta tierra cuando dejó su trono celestial para estar entre nosotros. Él quería ser un peregrino con nosotros, para que pudiéramos ser peregrinos con él en su regreso a la Tierra Prometida del cielo después de su muerte, Resurrección y Ascensión a la gloria. Pero, ¿cómo, realmente, llegamos allí? ¿Es solo una cuestión de comer este pan de vida? ¿Es lo que nos dice, no: “Tomen y coman”? O más bien, ¿hay algo más que eso?

Miembros del Cuerpo

San Pablo nos dice en nuestra segunda lectura (de su Primera Carta a los Corintios): “el pan que partimos, ¿no nos une a Cristo por medio de su cuerpo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo.”

Unidad: esto significa *participación*, es decir, *ser parte*, y esta es la llave. El Cuerpo de Cristo es la Eucaristía, el pan del cielo que comemos; pero el Cuerpo de Cristo es también la Iglesia, en la cual estamos llamados a participar. Entonces, comulgar significa unirnos tanto con el Cuerpo de Cristo que es el sacramento de la Eucaristía como con el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia; o en otras palabras, *tomar* el Cuerpo de Cristo significa *tomar parte en* el Cuerpo de Cristo.

Peregrinamos al cielo con Cristo juntos, participando como miembros de su Cuerpo, la Iglesia, unidos a él y debajo de él nuestra cabeza, mientras nos sostiene con su Cuerpo y Sangre, el alimento para nuestro viaje con él.

Este es el pueblo de Dios que Dios nos llama a ser. De acuerdo con la costumbre tradicional en esta Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, expresaremos este llamado divino nuestro litúrgicamente a través de una procesión con el Santísimo Sacramento al final de la Misa, deteniéndonos en el camino para rezar en cuatro altares posicionados para enfrentar las cuatro direcciones: este llamado divino no está restringido a un grupo o tribu o raza o nación, sino que se extiende a todos los pueblos de la faz de la tierra.

Conclusión

Homily, Solemnity of Corpus Christi, Year "A"

Al salir del refugio en el lugar, recordemos que debemos recordar: recordar todo lo que nuestro Señor ha hecho por nosotros y por el mundo entero, recordar todo lo que él ha preparado para nosotros, y recordar siempre darle las gracias, porque, como se reza en cada Misa: “En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar.”